

Don Rafael

Rogelio Hernández Rodríguez

Don Rafael fue inteligente como pocos, un agudo observador de la política y, sin duda, un excelente profesor. Pero también fue un hombre generoso y sensible que ofrecía su amistad sin reservas. Podría recordar al primero, pero cuando pienso en él ahora lo que más extraño es al ser humano con el que compartí momentos memorables, y creo que eso es lo que nos reúne a todos esta tarde. No encuentro mejor manera de transmitir esta idea que compartiendo algunos recuerdos.

Don Rafael hizo amigos entre sus estudiantes y entre sus colegas. Yo nunca me conté entre los primeros y sólo hasta que ingresé a El Colegio de México me encontré entre los segundos. Pero pude conocerlo varios años antes en una circunstancia especial. A mediados de los años ochenta, cuando terminé mi tesis de maestría, el maestro Segovia fue parte del jurado. José Luis Reyna y Lorenzo Meyer lo fueron, además de estar interesados en el tema, el primero por ser mi director y el segundo porque había sido mi profesor en el programa, pero Don Rafael no me conocía en lo más mínimo.

Aun así aceptó integrar el jurado y leer de inmediato mi tesis. Con buenos ojos, porque días antes del examen y sin enviarme ningún comentario previo, Don Rafael había utilizado mi trabajo para alguna o algunas clases en el semestre que impartía aquí en El Colegio. El día del examen Don Rafael me tenía reservada una sorpresa. Yo no esperaba mucho público en la sala, algunos compañeros de generación y un par de amigos tal vez, y lo que encontré fue a todo su grupo de licenciatura que lo había citado a cuenta de una sesión de su clase. Cuando se me pasó el susto por el público y por el examen, le agradecí haberme distinguido como tema para impartir su materia.

A partir de entonces se inició una cercana relación entre nosotros. Con frecuencia me invitaba a su oficina para tomar un café y platicar de política. Años más tarde ingresé a

El Colegio y las reuniones fueron casi diarias, en su oficina, la sala de profesores y a veces en su casa, donde tuve la oportunidad de compartir la mesa con colegas, su familia y más de un político que, al igual que nosotros, lo escuchaba con atención.

Además de la política nacional, de los libros y de la vida cotidiana en El Colegio, Don Rafael se interesaba en mi trabajo y en mis proyectos. Cuando la realidad me alcanzó y tuve que hacer mi doctorado, so pena de buscarme otro trabajo si me negaba, el maestro Segovia tuvo palabras de aliento. Me recomendó tomarlo como un mal día y aprovechar la oportunidad para hacer una investigación, me dijo, no una tesis. Con gusto aceptó ser mi director, pretexto más que suficiente para conversar sobre un tema que lo apasionaba, los políticos mexicanos y su manera de hacer política, y hacer más frecuentes nuestros encuentros en su oficina.

Don Rafael era un hombre que se conmovía. Como puede ser comprensible, casi siempre se trataba de asuntos personales, algunos que tuvo la confianza de compartirme. De los pocos que puedo citar sin faltar a la discreción, fue la oportunidad en que le mostré un ejemplar de su libro *Tres salvaciones del siglo XVIII español*, publicado en 1960, que había encontrado, no en una librería de viejo sino en un local lamentable que se decía la librería de la Universidad Veracruzana, en Jalapa.

Pocas veces vi al maestro Segovia tan sorprendido y emocionado. Me pidió que le contara en detalle dónde había podido encontrar, más de 20 años después de publicado, un ejemplar de una obra que daba por perdida. Me contó entonces de sus años universitarios, de su juventud, de las preocupaciones económicas por formar una familia, que lo llevaron a dar clases en la Universidad de Guanajuato, justo cuando preparaba su tesis. De cómo decidió el tema, bajo la conducción de su maestro Edmundo O'Gorman y cómo fue publicado por la Universidad Veracruzana. Además de una larga conversación en su oficina, Don Rafael me regaló una sentida dedicatoria. Era 1987 y yo era un joven investigador que ni siquiera pensaba en ingresar a El Colegio de México.

Escuchar a Don Rafael era siempre ameno y aleccionador. No importaba si era una conversación convencional o si se comentaba una circunstancia particular, un libro o la opinión de algún autor. Respetuoso y prudente, reconocía las discrepancias pero siempre nos enseñó que toda opinión debía fundamentarse en algo más que la simple preferencia personal.

Al maestro Segovia se le quería pero también se le reconocía autoridad, formada en el conocimiento y el razonamiento. Siempre tuvo una enseñanza, una opinión aleccionadora y una palabra de aliento para todo aquel que él creía merecerlo. Era un maestro, un agudo observador, pero sobre todo fue un extraordinario ser humano. Así he querido recordarlo con ustedes y así quiero recordarlo siempre.